

Un pueblo de hermanos y hermanas

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 155 - 1 de junio 2021



Recientes manifestaciones por la paz en Israel y Palestina

Queridos hermanos:

Durante los días 26 al 28 de mayo 2021 tuvimos una asamblea conjunta online las superiores y los superiores generales. Más de 250 participantes conectados desde todas partes del mundo. El tema que nos convocaba era: "Hacerse hermanas y hermanos. La vida consagrada al servicio de la fraternidad en un mundo herido". Había algo en este título que me inquietaba. Luego, a medida que superiores y superiores fuimos compartiendo, se me fue haciendo más clara mi inquietud. Me daba cuenta, por un lado, que la vida religiosa, ella misma, carga consigo heridas: la reducción en número en muchos lugares del mundo, la pérdida de credibilidad también por las situaciones de abusos cometidos por algunos de sus miembros, la poca fuerza para poder ofrecer modos de vida evangélicos que proporcionen caminos de transformación y de mejoramiento de la existencia de hombres y mujeres, en especial los más pobres y, por lo mismo, movilicen a muchos más a asociarse en esta tarea urgente. Respecto de la fraternidad volví a constatar que es siempre un anhelo y una tarea pendiente, y en donde, muchas veces somos nosotros mismos, por nuestras propias heridas o por las que causamos a los demás, el principal obstáculo a su gozosa realización.

Y, por otro lado, constataba que este tiempo de pandemia, con la autoridad de los hechos, nos ha afectado hondamente, en los hermanos y hermanas enfermos y los que han fallecido, en la drástica disminución de nuestras entradas económicas, los miedos e inseguridad que ha despertado en nuestros corazones. Si bien, nunca ha faltado el pan en nuestras mesas ni el

trabajo o el techo, la pandemia nos ha empobrecido y nos ha impuesto un estilo de vida más sobrio. Y también, como en muchos, la pandemia ha despertado lo mejor que hay en el corazón humano -generosidad, entrega, atención al otro, solidaridad- y también lo peor, repliegue en nosotros mismos bajo formas más o menos presentables de cuidarse primero uno para cuidar de los demás, miedos y desconfianza frente al otro que se vuelve una amenaza a lo "mío" (salud, espacio, confort). En el fondo, una vida religiosa que carga también con sus heridas. Y un mundo herido por la pandemia que nos toca profundamente y que nos ha "hermanado" con tantos hombres y mujeres. Rehaciendo el título de nuestro encuentro podría ser: "un mundo y vida religiosa heridos al servicio de la fraternidad". Las heridas que ya traía la vida religiosa se relativizan al lado de la vastedad de las heridas que la pandemia ha provocado y nos ha hecho ver en nuestro mundo. Y contra todo escepticismo respecto a las posibilidades de cambio para mejor del ser humano y contra todo cinismo respecto a lo que hoy nos duele de nuestro mundo, pero que, en el fondo todo seguirá igual que antes, la vida religiosa puede interrogarse por su contribución a que nuestro mundo, los hombres y mujeres que lo habitan, crezcamos en humanidad, en fraternidad.

Dejarse sorprender por la cercanía de Dios

Cuando releemos la pedagogía de Dios en la Biblia, lo que funda la fraternidad es su inaudita cercanía. Dios que toma la iniciativa y se hace interlocutor de una comunidad que Él acompaña con paciencia para que se conviertan en un pueblo, su pueblo, y éste lo reconozca como su Dios. Dios así se pone al paso del pueblo que quiere formar y acepta entonces caminar junto a Él. Y puesto que Dios quiere que sea una comunidad de hombres y mujeres que lo amen como sus hijas e hijos, y hermanos entre ellos, asume como camino el de la libertad humana, que se construye en diálogo y en apertura a los otros y con logros, caídas y repartidas constantes. Incluso cuando sus hijos experimentan la lejanía o el silencio de Dios o incluso la experiencia de su abandono, entonces allí Dios toma la iniciativa una vez más y se hace contradictorio para mostrar sus caminos y reanimar la marcha de su pueblo. Es la honda experiencia que hace el pueblo de Israel en el exilio, lejos de la tierra que Dios les dio en promesa y sin las instituciones que recordaban su presencia. "Pero dice Sión: 'Yahveh me ha abandonado, el Señor me ha olvidado'. - ¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque esas llegasen a olvidar, yo no te olvido" (Is 49, 15).

La cercanía de Dios como fundamento de la comunidad del pueblo que Dios quiere formar, se realiza de modo aún más sorprendente en Jesús. En Él, Dios se hace Dios-con-nosotros. Lo que atrae de su persona es el anuncio de cercanía del Dios que anuncia "Dios reinando ya está en medio de ustedes", a través de una amorosa coherencia entre sus palabras y sus actos. Él es el pastor que busca a la oveja perdida y se alegra con él, cuando acoge el perdón de Dios. Él es también a veces ese "amigo inoportuno" que viene a pedirnos en la noche, pan y acogida. Así cuando quiso dejar a sus discípulos un gesto que resumiera su vida y les recordara el tipo de vínculo de ha de prevalecer entre ellos, entonces, se abaja nuevamente, se hace servidor y les lava los pies. Y en sus modos de acercarse a nosotros, nos seguirá sorprendiendo cuando se vuelva a poner a la mesa y servirá a los que se mantienen vigilantes y gozosos en el servicio de sus hermanos y hermanas.

La fuerza de la ternura

Por su cercanía, Dios tiene vocación de hacerse pueblo. Quiere que los miembros de su pueblo se descubran sus hijas e hijos y hermanos y hermanas entre sí. La pandemia nos está recordando en nuestra propia carne frágil la entrañable dependencia de unos y de otros y la necesidad del cuidado de nuestra casa común que nos cobija y nos alimenta. La pandemia no ha hecho acepción de personas y al tocarnos de cerca nos ha hermanado como humanidad. Ciertamente, los pueblos crecen en su sentimiento de pertenencia cuando enfrentan juntos durezas y dificultades comunes. Pero para que esas dificultades nos hagan ser mejores personas de lo que éramos antes, necesitamos dejar atrás ese modo de pensar en que lo "mío" (mi salud, mi tiempo, mi trabajo, etc.) es más importante que lo "nuestro" y luego asumir decididamente el caminar con los otros. Si la pandemia nos ha acercado a la fuerza y con dolor los unos a los otros, pongámonos ahora en camino hacia nuestros compañeros y compañeras en humanidad, de modo que hagamos cada vez más nuestras sus luchas y sus alegrías, sus anhelos y sus fracasos, y seamos cada vez más responsables de la fragilidad compartida. Tal vez Dios quiera sanar las heridas que nos pesan en la vida religiosa en la medida en que nos descentremos de nosotros mismos y cuidemos de las heridas de los Lázarus que no hemos visto todavía y que están en las calles, en la puerta de nuestras casas e iglesias o incluso en nuestras mismas comunidades y familias. Haciendo esto descubriremos con gozo los hermanos y hermanas con los que el Señor quiere que caminemos. Y nos sorprenderemos al ver que lo que sana al mundo herido es la fuerza de la ternura.

Les invito a hacer nuestra esta oración de nuestro hermano Esteban Gumucio que le habla desde su corazón al Corazón de Jesús.

Jesús,
quisiera vivir de tal manera que llegue a ser cristal transparente.
Que te vean en la sencillez de mi persona; simplemente
ser «yo-mismo-con-otros», que haga aparecer tu misterio y tu gracia,
Jesús de Nazaret.
No, no es desde mi ventana donde pueda escrutar
los signos de tu venida hoy.
Es al caminar al interior de lo que cada día le pasa
a mi hermano y me pasa a mí;
le pasa a mi pueblo y me pasa a mí.

Que los Corazones de Jesús y de María nos llenen de su ternura y nos hagan sentir el gozo de ser un pueblo de hermanos y hermanas con los hombres y mujeres con los que hoy caminamos juntos.

Alberto Toutin ssc
Superior General